

Crisis de las ciudades desparramadas

Crisis of scattered cities

Fausto Cadmo Gutiérrez Álvarez

Universidad Autónoma de Querétaro
cadmoga@yahoo.com.mx

Resumen. El objetivo de este trabajo es hacer una reflexión sobre los problemas de habitar aglomeraciones de viviendas en las orillas de las ciudades que han perdido su forma y función como lugares del quehacer social y político, usando como ejemplo a la Ciudad de México. Los problemas que aquí se presentan pueden ser abordados desde la crisis del individualismo moderno. Los síntomas que se observan son viviendas en forma de jaulas sobrepuestas para satisfacer las condiciones mínimas de vida, análogas a masas inorgánicas que la ciudad produce al desparramarse por fuera de su planificación original. Los trayectos son requerimientos vacíos para llegar de un lugar a otro. En este contexto aparecen los sustitutos de la vida pública, como la televisión o el internet. Sin embargo, las actividades en comunidad surgen improvisadas, reclamando cualquier espacio como una zona de convivencia festiva.

Abstract. The purpose of this study was to reflect on the problems of living in housing agglomerations on the outskirts of cities, which have lost their form and function as places of social and political activity, using Mexico City as an example. The problems presented here can be approached through the crisis of modern individualism. The results are housing in the form of overlapping cages meeting minimum living conditions, analogous to inorganic masses produced by urban sprawl outside of its original plan. Routes are empty requirements for getting from one place to another. In this context the replacements of public life, such as television or the internet, appear. However, improvised community activities arise, claiming any space as a zone of festive coexistence.

Palabras clave. Ciudad; periferia; aglomeración de viviendas; vida pública.

Keywords. City; periphery; agglomeration of housing; public life.

Formato de citación. Gutiérrez Álvarez, Fausto Cadmo (2017). Crisis de las ciudades desparramadas. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 7(2), 97-102. http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/gutierrez_alvarez

Recibido: 28/08/2017; **aceptado:** 09/10/2017; **publicado:** 08/11/2017
Edición: Almería, 2017, Universidad de Almería

Nos enfrentamos día a día con las aglomeraciones de viviendas sin sentido de las periferias de las grandes ciudades, esto no pasa desapercibido para filósofos y pensadores. Retomando las reflexiones de Juan Carlos Moreno Romo es posible ver los problemas de las ciudades que han sobrepasado sus límites como lugares que propician la vida pública. Jean-Luc Nancy, Jean Baudrillard y Paul Virilio hacen audaces críticas de la condición del hombre moderno y de lo que actualmente se considera vivir en una ciudad.

El individuo aglomerado

Las personas se pueden acostumbrar casi a lo que sea, es común que las ciudades grandes como la de México estén desparramadas en sus periferias, formadas por construcciones eternamente inacabadas y amontonadas, masas de color gris tabique, tan colmadas que golpean y se aferran a los cerros. Las alternativas tienen patrones repetitivos formados por celdas idénticas, conjuntos de casas miniaturas, que parece que son vendidas con anuncios sarcásticos: “a 15 minutos...” de ningún lugar. Son madrigueras improvisadas para la vida improvisada de los que sólo vemos para qué nos alcanza. Provistas con nuevos servicios pero funcionalmente tan primitivas como las cavernas, albergan familias nucleares acomodadas de forma descuidada u ocupando el menor espacio posible.

Juan Carlos Moreno, en el texto *El fin de la ciudad*, reflexiona sobre la crisis de las ciudades actuales que forman simples aglomeraciones de viviendas y que ya no cumplen con el objetivo de las ciudades del pasado que permitían la vida en común y la política. “La ciudad –anotémoslo muy bien– es insoluble de la política, entendida esta en su sentido noble, y original. La ciudad es el lugar en el que los ciudadanos nos ocupamos, juntos, de los asuntos que a todos nos conciernen” (Moreno, 2016, p. 21).

El resultado de estas simples acumulaciones, tan comunes actualmente en las ciudades, cumple difícilmente con el objetivo de una ciudad. Ortega y Gasset explica:

La polis no es, primordialmente, un conjunto de casas habitables, sino un lugar de ayuntamiento civil, un espacio acotado para funciones públicas. La urbe no está hecha, como la cabaña o el domus, para cobijarse de la intemperie y engendrar, que son menesteres privados y familiares, sino para discutir sobre la cosa pública. (Ortega y Gasset, 1983, p. 73).

Las casas de las periferias se limitan a proteger a la unidad básica de reproducción de la sociedad en los momentos de vulnerabilidad, su escasa organización sólo permite el requisito básico de acceso. Aristóteles consideraba que la ciudad estaba formada por casas, pero no hacía referencia al *domus*, sino al *oikos*: “Dicho término también designa lo que nosotros llamamos «casa», entendida no solo como edificio para vivir, sino como conjunto de personas que viven en él, lo cual incluye las propiedades necesarias para su sustento” (Enrico Berti, 2012, p. 27). Los efímeros refugios del INFONAVIT¹ cubren las mínimas necesidades vitales de los trabajadores explotados y de la futura mano de obra, muy alejada de lo que Aristóteles consideraba el lugar que forma la base de la *polis*, el lugar donde la familia se ocupaba de las necesidades cotidianas del hombre que buscaba alcanzar su plenitud.

Las periferias se convierten en crecimientos caóticos de lo que los políticos consideran recursos humanos de tercera. Quienes venden las viviendas, o las “planifican”, están lejos de ser verdaderos urbanistas. Con total descuido cumplen con su única tarea: vender refugios con la mayor ganancia posible, simples, aislados, construidos en terrenos de tercera y con los materiales más económicos. Sólo se requiere que mantengan vivos y reproduciéndose a los trabajadores solicitados por el voraz sistema económico, las supuestas ciudades se construyen ahora en torno a las industrias y los comercios. Ya no se acomoda, en torno del foro o el ágora que sirve como lugar de reunión donde se hace la política (Moreno, 2016).

El “desparramamiento”, como describe Juan Carlos Moreno, de lo que alguna vez fue una ciudad, son los desechos de una modernidad que en esos lugares apartados no se molesta por conservar su aparente sentido. Esta informe concentración de hombres está compuesta de individuos que tienen su principal interacción como piezas ocupando un mismo espacio, partículas de una sustancia sin consistencia que se expande al no tener límites. Estas informes acumulaciones son las descuidadas consecuencias de un pensamiento que ve al hombre como un sujeto aislado, con un destino independiente del resto, con una vida en común llevada a la mínima expresión de las convivencias cotidianas superfluas que sirven para sobrellevar la vida diaria.

Las ciudades sufren las consecuencias de un individualismo llevado a sus límites por los sistemas capitalistas, un aislamiento que pone a prueba al espíritu del hombre. Se puede rastrear este pensamiento en el cristianismo de la reforma luterana “un harto paradójico «cristianismo individual», una relación con Dios de un individuo pretendidamente aislado de su tradición, y aislado también de su comunidad, a solas” (Moreno, 2013, p. 54). La misma ideología que generó las condiciones para que prosperaran los mayores centros del capitalismo por su eficiencia en el trabajo, la explotación de recursos y mano de obra, va dejando catervas de personas y viviendas en sus orillas. La cara deslavada de nuestras sociedades es en parte el resultado de la influencia de estas culturas, que acabaron apreciando la ventaja de lo informe como la forma optimizada de manejar a las poblaciones más vulnerables, reblandeciendo sus lazos más fuertes. Los lazos efímeros de los pobladores permiten que sean manipulados como piezas sueltas e intercambiables, siempre disponibles en los depósitos saturados del arrabal.

¹ El Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (INFONAVIT) es un organismo federal mexicano que otorga créditos para la obtención de viviendas a los trabajadores.

La influencia del “cristianismo individual” es la que produjo la principal filosofía alemana moderna, pensamiento que critica Jean-Luc Nancy: “la metafísica del sujeto, vale decir –individuo o Estado total– de la metafísica del para-sí absoluto: lo que también significa la metafísica del absoluto en general, del ser como ab-soluto, perfectamente desprendido, distinto y clausurado, sin relación” (Nancy, 2000, p. 23). El peso aplastante de los filósofos que continuaron el proyecto de la ilustración es necesario para negar la evidente pertenencia del sujeto a su comunidad. Para Nancy el individuo es el residuo “desprendido” de la experiencia de la comunidad. Se ha intentado forzar la simplificación del mundo como un contenedor de puros átomos aislados, sustituyendo sus lazos con la futilidad del revestimiento de una “pasta moral y sociológica” que pretende disimular el carácter finito de su “estar-en-común”. La libertad prometida se muestra como placebo para los lazos rotos, sólo somos iguales en nuestro aislamiento, una carencia generalizada que da la falsa sensación de unidad.

Pero al final, cuando la moral y los ideales sociales que respaldan las garantías individuales muestran su naturaleza endeble, el individuo secuestrado de su comunidad y tradición parece enfrentarse solo al mundo y no tiene más opción que servir como recurso humano. El aislamiento imposibilita el sentido, que se presenta en relación a los demás. Al individuo desprendido se le dificulta enfrentar su vida, lo que era un sentido claro para las comunidades antiguas, que se organizaban en torno de la vida y lugares en común, de la política, de las religiones y los mitos: “todas las civilizaciones del pasado (y las paralelas luego) habían vivido en un orden mítico. En un orden articulado en torno a ciertos relatos, y en torno a ciertos rituales” (Moreno, 2013, p. 53).

La ciudad desbordada

El aislamiento de las casas de las periferias es el resultado de concebir al hombre como elemento cuantitativo, encerrado en ratoneras con muros y rejas que son síntomas de una política del bien común fallida. Estas viviendas no le dan forma a una ciudad, no pueden interactuar entre ellas con alguna coherencia. Nancy escribe: “No es la insignificancia, es un exceso de signos, que la palabra *bidonville* [la ‘panza’, o la ‘obesidad’ más bien, de la ciudad] resume, y que no significa otra cosa que la devastación y la deslocalización del lugar” (Moreno, 2016, p. 13). La modernidad parece no poder evitar caer en los excesos, de producir acumulaciones informes de posesiones y desperdicios: hombres, objetos y conocimientos. No tienen un sentido que le proporcione una forma, una coherencia que permita el bien común. Jean Baudrillard describe este tipo de acumulaciones:

Encarna la forma informe, la morfología amorfa de lo social actual: paradigma individual ideal de la reconciliación, del nicho cerrado, autogestionado. Para ser exactos, ya no se trata de unos cuerpos, sino de los especímenes de una cierta inorganicidad cancerosa que ahora nos acecha por todas partes. (Baudrillard, 2000, pág. 29).

La máxima expresión del individuo autosuficiente, clausurado y desprendido, está muy lejos del pensador moderno que describe la ilustración alemana, es más bien el habitante de los barrios bajos que se multiplica incansablemente a sí mismo. Este hombre adquiere el terreno de su vivienda en las zonas olvidadas, construye o adquiere con su propio esfuerzo su casa, sobrevive con los recursos rechazados por las clases más altas y está obligado a tomar trabajos repetitivos en grandes fábricas y comercios, trabajos anónimos pensados para que cualquier otro pueda realizarlos. Un individuo que es un héroe que ha sobrevivido a la lucha por la vida, pero tan agotado que sólo logra sobrevivir con conexiones sociales irrelevantes, pasajeras, que forman masas informes y maleables, con escaso potencial para organizarse por sí mismas. Su cualidad es que toman la forma necesaria al ejercerle una mínima presión, sirviendo con docilidad a intereses ajenos. Las masas compuestas de individuos aglomerados, de carácter inorgánico,

acaban siendo tejido enfermo que intoxica y va paralizando el funcionamiento general de la sociedad: “La masa es este proceso excrecente, que precipita todo crecimiento hacia su pérdida” (Baudrillard, 2000, p. 11). Se forma un sistema de retroalimentación que expande el sinsentido general de la sociedad que lo produjo.

Pero muchos de los que quedan atrapados en los desbordamientos de la ciudad necesitan de su escaso y trabajoso flujo hacia los antiguos centros de la vida pública de la ciudad. En las periferias de la ahora Ciudad de México, muchos de los que buscan el sentido de la vida con dificultades necesitan viajar apretados por horas para intentar compensar el sentimiento de insatisfacción, visitando las ruinas de un pasado más glorioso ubicado en la delegación Cuauhtémoc. El centro de la ciudad conserva algunas de las funciones que tenía en la época colonial, aún juega ese papel para algunos, como un espacio político y cultural, aunque sea imposible que sirva como verdadero centro público a las saturadas orillas aisladas y desorganizadas. Algo de razón tienen las duras palabras de Juan Carlos Moreno: “En doscientos años de historia el México moderno no ha hecho nada que merezca ser comparado con lo que la Nueva España construyó” (Moreno, 2016, p. 12).

La contaminación de los trayectos

Como acto de defensa al sinsentido de la gran urbe, encogemos a la ciudad en pequeñas “ciudades personales”, escogiendo a los amigos que forman nuestra comunidad, a nuestros centros de reunión y de simbolismo (como el centro colonial, las universidades, plazas, etc.), pero las enormes distancias que aíslan a todos lo dificultan. Las ciudades también son sus trayectos: “Es el lugar de la proximidad entre los hombres, de la organización del contacto. La ciudadanía es la organización de los trayectos entre los grupos, entre los hombres, entre las sectas, etc.” (Virilio, 1997, p. 42). Pasear por las orillas de la ciudad se vuelve un sinsentido, no hay nada que ver a través de los enormes espacios invadidos por las aglomeraciones de la ciudad.

Se requiere hacer los trayectos en auto o en transporte público, pero esto tiene sus consecuencias para el simple peatón que busca interactuar con su espacio en la ciudad, como nos señala Alejandro Rossi: “le habían ganado, en general, la calle a los peatones, y ésta dejaba, y «deja de ser así un espacio humano para convertirse en un tubo por el cual circulamos»” (Moreno, 2016, p. 16). Es la misma contaminación del espacio real, de los trayectos, que menciona Paul Virilio: “La contaminación también es la contaminación de la dimensión real por la velocidad” (Virilio, 1997, p. 60). Este efecto se da en las urbanizaciones demasiado extendidas y sus trayectos optimizados para transitar a velocidades en las que los humanos no se pueden detener a contemplar. El resultado es que los habitantes se olvidan del trayecto y sólo se preocupan por la llegada. Y pese a la velocidad, la enormidad de la urbe se impone y el lapso enorme de tiempo que el trabajador pasa diariamente en llegar a su trabajo es tiempo muerto, reduciendo aún más las posibilidades de tener una vida en comunidad, sólo usa su casa o *domus* para llegar a dormir, no tiene tiempo para nada más.

El absurdo de la ciudad virtual

Luchando en contra de sus circunstancias, los habitantes de las orillas de las grandes ciudades logran tener recuerdos felices que surgen a trompicones, pero no sin tener su buena medida de placebos: aparatos portátiles que generan un espejismo de modernidad en medio de urbanizaciones barbáricas. Los aparatos digitales juegan un papel importante en simular la vida en común de los individuos aislados. La política que alguna vez fue llevada a cabo en el ágora ha sido suplantada: “Y el cine de supuesto entretenimiento

también fue el sustituto del ágora, y lo sigue siendo al lado de la televisión, y de las novísimas «redes sociales», de la presunta «democracia liberal» (Moreno, 2016, p. 23). Quienes habitan este tipo de barrios encuentran buena parte de sus vitales interacciones con pantallas. Virilio plantea también este problema:

La ciudad ha sido siempre un dispositivo teatral con el ágora, el atrio, el foro, la plaza de armas, etc. Ha sido, simplemente, un espacio en el que poder reunirse, un espacio público. Ahora bien, hoy en día, el dispositivo tele reemplaza el espacio público por la imagen pública y la imagen pública está descentrada de la ciudad. La imagen pública no está en la ciudad, o en la tele-cittá, ciudad virtual ya, en la que se pretende convivir porque miran juntos el informativo televisivo. Creo que lo que se cuestiona tras el problema del espacio virtual es la pérdida de la ciudad real. Yo soy urbanista y la ciudad real es para mí el lugar del cuerpo social, el lugar de la gente que la habita. (Virilio, 1997, p. 47).

El espacio público ha sido sustituido por interacciones cada vez más indirectas y compactas: teatro, cine, televisión, y ahora las pantallas de los teléfonos celulares.

La señora de las tortillas tiene su *smartphone*, y participa en el ágora virtual del *facebook* y el *whatsapp*. Discute, uno se imagina, de los temas de relevancia: la tragedia del vecino, la telenovela o el último meme de moda. Pero este tipo de interacciones sin ningún lugar, aunque llegaran a sobreponerse a lo intrascendente, se quedan en la virtualidad. Hay varios motivos por los que la interactividad que permite el internet no puede reemplazar a la vida en común de la ciudad. Virilio plantea uno de los problemas de esta “hiperciudad” virtual: “El hecho de estar más cerca del que está lejos que del que se encuentra al lado de uno es un fenómeno de disolución política de la especie humana” (Virilio, 1997, p. 48). La ausencia del cuerpo del otro con el que se está interactuando en la red lleva a la pérdida del cuerpo propio e imposibilita una comunidad y una política de lo presente, de lo que conforma nuestro entorno.

Aun cuando se pudiera superar la ausencia del cuerpo en la comunidad del internet, se tendría que evitar la saturación incontrolable de las redes. El internet (y la “era de la información” en general) produce una acumulación caótica de información imposible de someterse a una jerarquía de prioridades. Exceso “de los sistemas actuales, que se preñan de tanta información que nunca llegan a parir, obesidad característica de la modernidad operacional, en su delirio de almacenarlo todo y de memorizarlo todo” (Baudrillard, 2000, p. 28). La saturación de información no encuentra su sentido donde se toman las decisiones políticas, menos aún tiene sentido para el ciudadano que accede a ella a través de su celular, para pasar el tiempo. Es claro que en internet, por lo menos en su mayoría, no se forman comunidades ni se hace política.

Los defectos aquí mencionados de ciudades como la de México no son suficientes para matar por completo al espíritu de sus habitantes y su búsqueda de formar lugares comunes. Para Nancy, la comunidad que se formaba en las antiguas culturas aún existe entre nosotros: “Los que andan perdidos sólo somos nosotros mismos, nosotros sobre quienes el «vínculo social» (las relaciones, la comunicación), nuestro invento, recae pesadamente como la red de una trampa económica, técnica, política, cultural” (Nancy, 2000, p. 45). El individuo clausurado es la abstracción impuesta del hombre desde un sistema enfermo, pero nunca perdemos nuestra condición como seres singulares finitos, inacabados, siempre expuestos a las otras singularidades.

Nuestra condición hace surgir continuamente pequeños centros, lugares de reunión y simbolización. Muestra de ello son las festividades de los centros de las colonias de la ciudad, aquellas que antes fueron poblados independientes. Hasta en las zonas más olvidadas por el urbanismo, los habitantes se rebelan ante sus espacios confinados, destruyen momentáneamente sus límites impuestos tomando las calles como lugares comunes, montando carpas y “aventando la casa por la ventana” en festividades donde los

vecinos se convierten en familia. Octavio Paz nos habla de esto: “Gracias a las Fiestas el mexicano se abre, participa, comulga con sus semejantes y con los valores que dan sentido a su existencia religiosa o política” (Paz, 1969, p. 47). La fiesta como actividad en común es una de las formas de hacer vida pública, pero está lejos de sustituir la función política de la ciudad.

Bibliografía

Aristóteles (1988). *Política*. Madrid: Gredos.

Baudrillard, Jean (2000). *Las estrategias fatales*. Barcelona: Anagrama.

Berti, Enrico (2012). *El pensamiento político de Aristóteles*. Madrid: Gredos.

Moreno Romo, Juan Carlos (2013). *Hambre de Dios*. México: Fontamara.

Moreno Romo, Juan Carlos (2016). *El fin de la ciudad*. Madrid: Anthropos.

Nancy, Jean-Luc (2000). *La Comunidad Inoperante*. Santiago de Chile: LOM / Universidad Arcis.

Ortega y Gasset, José (1983). *La rebelión de las masas*. Barcelona: Orbis.

Paz, Octavio (1969). *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Virilio, Paul (1997). *El Cíbermundo, la política de lo peor. Entrevista con Philippe Petit*. Madrid: Teorema.



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier uso permitido por la licencia.